



►► Suzanne Vega, durante su actuación en el Palau.

## Suzanne Vega, madurez despierta

La cantautora neoyorquina desplegó sensibilidad e inventiva en su regreso a Barcelona tras 11 años

JORDI BIANCIOTTO  
BARCELONA

Ha pasado 21 años desde *Luka*, y Suzanne Vega ha demostrado que sus *fiertes* con el éxito, más bien accidentales, no la desviaron de su ruta. Su reciente *Beauty & crime* la expone como narradora precisa que opera con materiales nobles. Y, en el escenario, ha ganado en seguridad y valentía: sorprendió verla, el lunes en el Palau (cierre del festival Únicas), con su guitarra acústica y arropada por solo dos músicos: bajo y batería.

Pero, qué músicos. Mike Visceglia (bajo), que le acompaña con intermitencias desde los años 80, construyó junto a Doug Yowell (batería) unos andamios robustos y llenos de inventiva. El contraste entre ese fondo musculoso y la insinuante voz de Vega describió un juego de tensiones muy vivo desde la primera canción, *Rock in this pocket*. Jugando con los formatos, la neoyorquina ya no precisa de los teclados de su ex, Mitchell Froom, para sostener sus canciones. Se quedó sola en la delicada *Gypsy* e incluso afrontó un bloque de canciones sin guitarra, con el bajo y la batería llenando espacios: de *Fat man & dancing girl* a *Blood makes noise*.

Hubo repertorio de todos sus dis-

cos. Títulos de nuevo cuño, como *Frank & Ava* y *Ludlow street*, y revisiones de *Calypso*, *When heroes go down* y *Penitent*. Muchas pequeñas historias: el erotómano que, por contraste, «sueña en experiencias espirituales» (*Pornographer's dream*); la decepción ante el ídolo cotidiano que cae (*When heroes go down*); el jugador de naipes enganchado al ordenador de madrugada (*Solitaire*). Y las citas finales a los dos éxitos de *Solitude standing*, es decir, *Luka* y un *Tom's dinner* convertido en *groove*ailable, con *sampler* electrónico de Yowell.

**GÓTICO AMERICANO-MADRILEÑO** // En las propinas, Vega fue más atrás con *Marlene on the wall* y *Small blue thing*, de su primer disco, de 1985. Canciones que completaron una sesión intensa de una artista que no visitaba Barcelona desde hacía 11 años, y que no suele dar pasos en falso. Esperemos que tampoco los dé la madrileña Lourdes Hernández, Russian Red, que abrió la noche con 20 minutos de pase en solitario, a voz y guitarra, en los que desplegó los encantos gótico-americanos de su elogiado debut, *I love your glasses*. A su folk de autor espectral, entonado como una Hope Sandoval preadolescente, se le intuye recorrido.